

otro tiempo del mar luminoso con sus caballos encabritados, erizando las crines, tascando el freno, aspirando por la nariz los olores salitrosos, mientras sus compañeros llenan con su aliento las resonantes caracolas; y los espectadores (1) avezados á manejar la tizona, á ejercitarse desnudos con el puñal y la espada de dos manos, á cabalgar por caminos peligrosos, sienten por simpatía el fiero arrojado de la espina arqueada, el esfuerzo del brazo que va á embestir y el largo estremecimiento de los músculos que se hinchan desde el talón hasta la nuca para enrijecer al hombre ó dispararle.

§ 2.—*La poesía.*

I

Ese paganismo, transplantado á razas y climas diferentes, recibe de cada raza y cada clima rasgos distintos y un carácter propio. Se hace inglés en Inglate-

(1) *Vida de Benvenuto Cellini.* Véase también estos ejercicios que prescribe Castiglione al hombre de cabal educación: «Però voglio che il nostro cortegiano sia perfetto cavaliere d'ogni sella... Et perchè degli Italiani è peculiar laude il cavalcare benè alla brida, il maneggiar con raggione massimamente cavalli aspri, il corre lance, il giostare, sia in questo de miglior Italiani... Nel torneare, tener un passo, combattere una sbarra, sia buono tra il miglior Francesi... Nel giocare a canne, correr torri; lanciar haste e dardi, sia tra spagnuoli eccellente... Conveniente è ancor sapere saltare, è correre...; ancor nobile exercitio il gioco di palla... Non di minor laude estimo il voltegiar à cavallo.» Pág. 55, ed. de 1585.

rra: el renacimiento inglés es el renacimiento del genio sajón. Es que torna la invención, é inventar es expresar el genio privativo: una raza latina no puede inventar más que expresando ideas latinas; una raza sajona no puede inventar más que expresando ideas sajonas, y al través de la civilización y de la poesía nuevas vamos á ver descendientes del antiguo Cædmon, de Aldhelm, de Piers Plowman y de Robin Hood.

II

«A fines del reinado de Enrique VIII, dice Puttenham, surgió una nueva compañía de poetas de corte, cuyos capitanes fueron sir Tomás Wyatt, el mayor, y Enrique, conde de Surrey, quienes habiendo viajado por Italia y saboreado el dulce estilo y las nobles cadencias de la poesía italiana, bien así como novicios acabados de salir de las escuelas del Dante, Petrarca y Ariosto, pulieron en alto grado nuestra poesía, que era basta y ruda, y por ello pueden llamarse justamente los primeros reformadores del estilo y del verso inglés.» No es que su idea sea muy original ni manifieste francamente el nuevo espíritu. La Edad Media finaliza, pero no ha acabado aún. En torno de ellos, Andrés Borde, Juan Bale, Juan Heywood y el mismo Skelton renuevan la insulsez de la pasada poesía y la rudeza del antiguo estilo. Las costumbres, apenas desbastadas, son aún medio feudales; en el campamento, delante de Landrecies, el comandante inglés escribe una carta amistosa al gobernador francés de Térouanne para preguntarle «si no tiene algu-

nos nobles dispuestos á romper una lanza en favor de las damas», y promete enviar á su encuentro seis campeones. Combates, heridas, desafíos, amor, apelaciones al juicio de Dios, penitencias, de todo eso hay en la vida de Surrey, como en un libro de caballería. Es un gran señor, un conde, un pariente del rey, que ha figurado en las procesiones y ceremonias, que ha hecho la guerra, mandado fortalezas, assolado países, que ha subido al asalto, que ha caído en la brecha, que ha sido salvado por su servidor; noble, espléndido, manirroto, irritable, ambicioso, preso cuatro veces, y, por fin, decapitado. En la coronación de Ana Bolena llevaba la cuarta espada. En el matrimonio de Ana de Cléveris es uno de los mantenedores del torneo. Denunciado y encarcelado, se ofrece á combatir sin armadura con su adversario armado. Otra vez le encarcelan por comer carne en cuaresma. No es maravilla si esa prolongación de las costumbres caballerescas trae consigo una prolongación de la poesía caballescica, si en un tiempo que cierra la edad del Petrarca los poetas reproducen los sentimientos de Petrarca. Sheffield, sir Tomás Wyatt, y, en primer término, Surrey, son adoradores doloridos y platónicos; lo que Surrey expresa es el amor puro, y su dama, la bella Geraldina, como Beatriz y como Laura, es una madona ideal y una niña de trece años.

Y, con todo, entre esas languideces de la tradición mística, vibra el acento personal. En ese espíritu que imita, y que imita mal á veces, que anda á tientas aún, y que de vez en cuando desliza en sus limadas estrofas las añejas candideces ó las gastadas alegorías de los reyes de armas y de los troveros, se ve aparecer, ya la melancolía del Norte, ya la emoción íntima y dolorosa. Este carácter, que, dentro de poco, en el

momento más hermoso del más rico florecimiento, en el magnífico despliegue de la vida natural, difundirá un tinte sombrío sobre la poesía de Sidney, de Spenser, de Shakespeare, ahora, desde el primer poeta, separa ese mundo pagano, pero germánico, del otro mundo profundamente voluptuoso, que en Italia se esparce con la fina ironía, y no siente aficiones más que por las artes y el placer. Surrey traduce en verso el *Eclesiastés*. ¿No es extraño encontrar en sus manos semejante libro, á esa hora matinal, en esa nueva alborada? La desilusión, la meditación amarga ó sombría, el conocimiento innato de la vanidad de las cosas humanas no escasean en la raza y en el país: esos hombres llevan la vida con trabajo, y saben hablar de la muerte.

Los más bellos versos de Surrey delatan ya ese carácter serio, esa filosofía instintiva y grave; lo que nos cuenta son penas: nos habla de su querido Wyatt á quien llora; de su amigo Clere, de su compañero el joven duque de Richmond, muertos todos prematuramente. Solo, encarcelado en Windsor, recuerda los felices días que pasaron juntos, sus justas «en los anchos patios verdes», las expansiones, las animadas pláticas de las largas noches de invierno, «el juego de pelota, donde, deslumbrados sus ojos por los rayos del amor, fallaban la jugada por sorprender una mirada de sus damas». «Cada dulce lugar despierta un recuerdo amargo.» Ante esos pensamientos «huye la sangre de su rostro, y corre por sus pálidas mejillas una lluvia de lágrimas».—«¡Oh morada de felicidad que renuevas mis penas! respóndeme: ¿Dó está mi noble hermano, el que en tus muros todas las noches albergabas, de tantos otros querido, pero de mí más que de nadie? ¡Ay! el eco, apiadado de mi pena, res-

ponde con un acento sordo de dolor.» Análogamente, lo que expresa en el amor es el abatimiento de un alma fatigada. «Cuanto viven, el campesino, el buey de labor, el remero de galera, todos tienen algunas horas de reposo, todos, menos él, que pena de día, que vela de noche, que pasa de las tristes meditaciones á las quejas, de las quejas á las lágrimas amargas, para tornar otra vez á las quejas dolorosas, consumiendo así su vida.» Lo que trae la alegría á los demás, á él le trae penas. «La dulce estación que despliega pimpollos y flores ha vestido de verde el valle y la colina. Canta el ruiseñor, ya con nuevo plumaje. La tórtola ha murmurado su canción. Ha venido el estío, pues ya los botones se abren. El ciervo ha colgado en la empalizada su vieja cornamenta. El gamo suelta en el helechal su vestidura de invierno. Los peces se deslizan con nuevas escamas. La culebra se despoja de su camisa. La ágil golondrina persigue las moscas. La laboriosa abeja fabrica su miel. Ha acabado el invierno, que era la muerte de las flores; y yo veo que, entre tanta cosa deleitosa, toda pena se mitiga, y, no obstante, brota mi aflicción.» Pero él seguirá amando hasta su último suspiro. «Aunque mi débil cuerpo flaquee ó desfallezca, mi voluntad es que hasta el fin sea suyo el corazón. Y cuando aquestos huesos vuelvan á la tierra, la dejaré mi alma para servirla aún...» Amor infinito y puro como el de Petrarca. Su objeto es digno de él; en medio de todos esos versos estudiados ó imitados, se destaca un retrato admirable, de lo más sencillo y sincero que cabe imaginar: obra ésta del corazón, y no de la memoria, que, al través de la virgen caballeresca, descubre la esposa inglesa, y, sobre la galantería feudal revela la felicidad del hogar doméstico. Surrey, solo, inquieto,

oye en su interior la voz firme de un buen amigo, de un consejero fiel, la Esperanza, que le habla con acento seguro, jurándole que su amada es «la más digna y leal, la más dulce y sumisa de corazón que un hombre puede encontrar en la tierra». Si el amor y la fe hubiesen huido, en ella volverían á encontrarse. Su corazón no piensa más que en serle fiel; no se preocupa más que de ti y del bien tuyo. «Desea tu salud y tu felicidad, y te ama cuanto una mujer puede amar á un hombre; es tuya, y lo dice, y se preocupa de ti de mil maneras. Cuando habla, cuando come, cuando llora, cuando suspira, allí estás tú. Por la noche dice: «Adiós, amado mío»; y aunque tú, Dios lo sabe, estés muy lejos de ella, te repite su adiós una y mil veces. Te llama con frecuencia su dueño querido, su consuelo, su bien, su alegría, y cuenta á su almohada toda su historia: cómo has labrado su cuita y su dolor, cómo suspira por ti y perece por verte. Y dice: «¿Por qué estás lejos de mí? ¿No soy la que más te ama? ¿No deseo tu bienestar y tu reposo? ¿No miro cómo agradarte? ¿Por qué te vas tan lejos de tu bien? Si yo soy por quien tú te preocupas, por quien así te atormentas, ¡ay! harto sabes que me encontrarás aquí, donde soy siempre tu más caro bien, la más fiel y leal, la que siempre te ama y no puede menos de amarte, la que es tuya y no piensa más que en ti, como tú también, supongo, piensas en ella, en la que entre todas las mujeres no alienta más que por ser toda tuya.» Evidentemente en quien él piensa entonces es en su mujer (1), y no en ninguna Laura imagi-

(1) En otra composición, *Complaint on the absence of her lover being upon the sea*, habla de su mujer expresamente casi con la misma ternura.

naria: el sueño poético de Petrarca se ha trocado en la exacta pintura del profundo y perfecto amor conyugal, tal y como subsiste aún en Inglaterra, tal y como siempre le han representado todos los poetas, desde el autor de la *Nut Brown Maid* hasta Dickens (1).

III

Un Petrarca inglés: tal expresión, á propósito de Surrey es la más exacta, tanto más exacta cuanto que denota su talento al par que su alma misma. En efecto; como Petrarca, el más antiguo de los humanistas y el primero de los escritores perfectos, lo que Surrey aporta es un nuevo estilo, el estilo viril, síntoma de una gran transformación del espíritu; porque ese modo de escribir es consecuencia de una reflexión superior, que, dominando el primer impulso, calcula y elige en vista de un objetivo. Al presente el espíritu se ha hecho capaz de juzgarse, y se juzga. Vuelve á tomar entre manos su obra espontánea, obra infantil é incoherente, incompleta al par que redundante, y la fortifica y traba, la poda y perfecciona, desentrañando la idea dominante para despejarla y sacarla á luz. Así hace Surrey, y á ello le ha preparado su educación; porque, además de Petrarca, ha estudiado á Virgilio, traduce, casi verso por verso, dos libros de la *Eneida*. En semejante compañía, no hay más remedio que ex-

(1) Greene, Beaumont y Flechter, Webster, Shakespeare, Ford, Otway, Richardson, de Foe, Fielding, Byron, Dickens, Thackeray, etc.

purgar las ideas y ceñir las frases. A imitación suya, mide los medios de atraer la atención, de auxiliar á la inteligencia, de evitar la fatiga y el aburrimiento. Prevé la última línea al escribir la primera. Reserva para el último toque la expresión más vigorosa, y marca la simetría de las ideas con la simetría de las frases. Ora dirige la mente mediante una serie de oposiciones continuas hasta la imagen final, especie de arqueta brillante donde deposita la idea que llevaba y que ha venido enseñando desde el momento de partir (1). Ora pasea á los lectores hasta el término de una larga y florida descripción, para detenerlos de repente en un verso triste (2). Maneja los recursos y sabe producir los efectos; hasta tiene versos clásicos de esos en que dos sustantivos, acompañado cada uno de un adjetivo, se equilibran alrededor de un verbo (3). Reune sus frases en periodos armoniosos, y piensa en el deleite de los oídos como en el deleite de la inteligencia. Merced á inversiones, aumenta la fuerza de las ideas y la gravedad del discurso. Escoge los términos elegantes ó elevados; no transige con palabras ociosas ni frases redundantes. Encierra una idea en cada epíteto y un sentimiento en cada metáfora. Hay elocuencia en el desarrollo regular de su pensamiento; hay música en el acento sostenido de sus versos.

Ha nacido, pues, el arte: los que tienen ideas poseen ahora un instrumento capaz de expresarlas; como los pintores italianos que, en cincuenta años, han importado ó descubierto todos los procedimientos técnicos del pincel, los escritores ingleses van á importar ó descubrir en medio siglo todos los artificios del len-

(1) *The frailty and hurtfulness of beauty.*

(2) *Description of spring. A vow to love faithfully.*

(3) *Complaint of the lover disdained.*